NOBLES INGLESES EN LA HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN

LIDIA TAILLEFER DE HAYA

Universidad de Málaga

A lo largo de traductografía y de la historia traductología en lengua inglesa, comprobamos el importante lugar que ocupa la nobleza. Desde la Alta Edad Media hasta el Barroco, los nobles ingleses destacan no sólo por sus traducciones sino, especialmente, por sus reflexiones teóricas. No cabe duda de que su posición favoreció el hecho de que sobresalieran en esta actividad, pues un punto en común a todos ellos era la excelente formación lingüística y literaria con la que contaban.

Tras la muerte de Chaucer, que marca el fin de la literatura medieval,[1] se abre un oscuro período para las letras anglosajonas. Sin embargo, la traducción permite la proliferación de la lengua vulgar. A principios del siglo XV, sorprendentemente el panorama traductográfico lo encabeza una mujer, Dame Eleanor Hull (1394-1461).[2] Al igual que el resto de las cortesanas, era devota de Santa Brígida de Suecia, prosista religiosa que había impulsado la traducción en lengua vernácula de la Biblia y de los libros devocionales. Por lo tanto, Eleanor Hull, una de las cuatro mujeres escritoras en inglés medio, siguió su ejemplo y tradujo del francés –como ejercicio piadoso– un comentario sobre los Siete Salmos Penitenciales, oraciones y meditaciones sobre los siete días de la semana.

También a finales de la Edad Media Margaret Beaufort (1443-1509),[3] Condesa de Richmond y Derby, y madre de Enrique VII, destaca por ser mecenas de los primeros impresores ingleses, de las universidades de Oxford y de Cambridge, y de una serie de traductores, además de traducir ella misma del francés obras de carácter religioso.

En cuanto a la traducción secular, Sir Thomas Malory (¿?-1471),[4] famoso por sus versiones de los romances franceses, reúne la colección más extensa de las hazañas de los míticos caballeros de la Mesa Redonda. Al concebir el papel del traductor como intermediario entre el original y el lector, lleva a cabo una recreación escudándose en la tradición anglosajona.

Ya en el siglo XVI, en el plano poético sobresalen los ajustes realizados al original por Sir Thomas Wyatt (1503-1542) y Henry Howard (1517-1547), Conde de Surrey, ajustes que han llevado a los críticos a considerarlos trabajos de adaptación. Estos ac-

---

[1]J. D. Burnley: «Late Medieval English Translation: Types and Reflections», en Roger Ellis (ed.): *The Medieval Translator: The Theory and Practice of Translation in the Middle Ages* (Conference at the University of Wales, 1987), Cambridge, D. S. Brewer, 1989, pp. 37-53.

[2]Alexandra Barratt: «Dame Eleanor Hull: a Fifteenth-Century Translator», en Roger Ellis, o. cit., pp. 87-101.

[3]Claire Buck (ed.): «Beaufort, Margaret», en *Women's Literature A-Z*, Londres, Bloomsbury, 1994.

[4]Catherine Batt: «Malory's Questing Beast and the Implications of Author as Translator», en Roger Ellis, o. cit., pp. 143-166.

La Palabra Vertida. TAILLEFER DE HAYA, Lidia. Nobles ingleses en la Historia de ...

Centro Virtual Cervantes

tualizan los textos por medio de adiciones, omisiones o alteraciones, defendiendo la idea nacionalista de que la traducción ha de llegar al mayor número posible de lectores, para así cumplir una función didáctica. La transferencia cultural[5] se desarrolla mediante la introducción de ejemplos vernáculos pertinentes al texto clásico y el enriquecimiento de la lengua inglesa a través de la traducción.

Durante el Renacimiento, el énfasis de los humanistas británicos por instruir abarcó también a muchas mujeres. A pesar de que en esta época la tarea traductora se encontraba muy valorada, se consideró suficientemente adecuada para las mujeres, siempre que fuera de tema religioso. Mary Sidney Herbert (1561-1621),[6] Condesa de Pembroke, tradujo del latín, griego, hebreo, italiano y francés. Aunque empezó junto a su hermano, Sir Philip Sidney, la traducción de los bíblicos *Salmos* de David, se vio obligada a realizar prácticamente la totalidad del trabajo tras el asesinato de éste. Resulta una traducción especialmente importante en términos de versificación isabelina, ya que emplea 164 tipos de estrofas distintas y 94 metros diferentes, combinando la forma y el sentido conforme a las nociones predominantes del decoro poético. Sus versiones, además de influir en importantes obras contemporáneas, ejemplifican la actividad de la traducción renacentista como arte más que como puro ejercicio mecánico.

Elizabeth Tanfield Cary (1585-1639),[7] Lady Falkland, destacó desde niña por su dominio de varios idiomas: francés, español, italiano y latín. Una anécdota curiosa es que sus padres consideraron excesivo tanto estudio, por lo que con tan sólo doce años Cary ya debía una gran cantidad de dinero a los sirvientes por facilitarle velas en secreto. A pesar de que tradujo una serie de obras completas del francés, y de que compuso diversas hagiografías en verso, himnos a la Virgen y obras de teatro, se conservan escasos trabajos suyos.

A partir del siglo XVII, toda esta traductografía en lengua inglesa conlleva una traductología que se manifiesta en el correspondiente *preface, epistle* o *dedication «to the reader»*.[8] La teoría de la traducción de Sir John Denham (1615-1669) cubre tanto el aspecto formal (Arte) como el espíritu (Naturaleza) del trabajo, pero advierte su oposición a la literalidad en el caso de la poesía. Denham considera al traductor y al autor como iguales, si bien operan claramente en contextos sociales y temporales distintos; opina que el traductor tiene la obligación de extraer del original la esencia y reproducirla o recrearla en la lengua término. Un fragmento de Denham al intérprete de Virgilio, en su epístola «To Sir Richard Fanshaw upon his Translation of *Pastor Fido*» (1648),[9] esboza una especie de arte poético del traductor en el que desea que éste no sea un esclavo: la traducción literal es un camino «servil», el camino «noble» ha de dirigirse a preservar la «llama» y no «las cenizas». La idea de Denham no es traducir un poema a otra lengua sino a otro poema, lo que conlleva ciertas pérdidas y, por tanto,

[5] Henry van Hoof: *Histoire de la traduction en Occident*, París, Duculot, 1991, pp. 127-128.

[6] Sandra M. Gilbert y Susan Gubar (eds.): *The Norton Anthology of Literature by Women. The Tradition in English*, Nueva York-Londres,W. W. Norton, 1985, pp. 31-35.

[7] Buck (ed.): «Cary, Elizabeth Tanfield», en *Women's Literature A-Z*, o. cit.

[8] Miguel Á. Vega (ed.): *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 38.

[9] T. R. Steiner: *English Translation Theory (1650-1800)*, Assen-Amsterdam, Van Gorcum, 1975, pp. 63-64.

La Palabra Vertida. TAILLEFER DE HAYA, Lidia. Nobles ingleses en la Historia de ...
Centro Virtual Cervantes

es precisa la comprensión. Su ideal último de contemporaneidad y coespacialidad, aparece en su prefacio a *The Destruction of Troy* (1656):[10] se trata de traducir no el asunto sino el estilo, aunque se traspasen los límites propios de la traducción, método que más adelante Dryden clasifica como «imitación».[11]

No es hasta 1675 que se produce una renovación del espíritu nacional. La Restauración se considera superior a todas las épocas que la precedieron, a todas las influencias extranjeras, por lo que si aún sigue inspirándose en modelos antiguos es para mejorar y acelerar el progreso. El siglo XVII inglés marca el paso de la concepción renacentista isabelina a los ideales neoclásicos de la era augusta;[12] como afirma Amos, de 1600 a 1700 tiene lugar el Siglo de Oro de la traducción inglesa.[13] Pero el interés de los traductores ingleses no sólo se dirige hacia las lenguas clásicas, también comienzan a importar material literario de las lenguas romances; de hecho, Inglaterra será el primer país donde aparezca una versión del *Quijote*. El aristócrata inglés, Dillon Wentworth (1633-1685), Conde de Roscommon, publica su *Essay on Translated Verse* (1684),[14] que pretende ser un conjunto de reglas de traducción poética. El principio fundamental sigue el patrón marcado por Dryden, de que un poema ha de ser ante todo un buen poema, y la primera regla es que el traductor debe tener presente sus preferencias personales al elegir obra y autor, pues la relación con éste ha de ser tal que le permita suplantar su personalidad. Esta teoría atiende más a las posibilidades de versificación de la lengua inglesa que a la traducción en sí, lo que llevó a Samuel Johnson más adelante a calificar dichas reglas de «inservibles» en su *Life of Pope*.[15] Además Roscommon traduce muy poco, es uno de los poetas de la corte y como tal se comporta; su importancia radica en que su tratado de traducción poética es el único hasta 1753, cuando Thomas Francklin publica *Translation: A Poem*.[16] Por consiguiente, fue un período innovador, pues aparece la primera clasificación de métodos de traducción en Gran Bretaña, esencial para desarrollos posteriores.[17]

En el siglo XVIII encontramos otro elemento que transciende el problema de la fidelidad: la cuestión sobre el deber moral del traductor hacia el lector contemporáneo. El interés por clarificar el «espíritu» fundamental de un texto dio lugar a numerosas reescrituras de textos antiguos, para acomodarlos al gusto y al modelo lingüístico de la época; de ahí la famosa reestructuración de los textos de Shakespeare y las traducciones o reescrituras de Racine. El derecho del individuo a que se le considere en sus propios términos y terreno es fundamental en la traducción de este siglo, lo que va unido al

[10] Ib., pp. 64-65.

[11] Louis Kelly: *The True Interpreter: a History of Translation Theory and Practice in the West*. Oxford, Blackwell, 1979, pp. 122-128.

[12] Rosa Rabadán Álvarez: «Apuntes de teoría de la traducción en la Inglaterra del s. XVII», en J. C. Santoyo y otros (eds.): *Fidus interpres I* (Actas de la Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción. León, 1987), León, Univ. de León, 1987, pp. 249-254.

[13] Flora Ross Amos: *Early Theories on Translation*, Nueva York, Columbia UP, 1920, p. 135.

[14] Dillon Wentworth (Earl of Roscommon): «Essay on Translated Verse», en André Lefevere (ed.): *Translation/History/Culture*, Londres-Nueva York, Routledge, 1992, pp. 43-45.

[15] Steiner, o. cit., pp. 121-123.

[16] Ib., pp. 110-116.

[17] Amos, o. cit., pp. 135-178.

La Palabra Vertida. TAILLEFER DE HAYA, Lidia. Nobles ingleses en la Historia de ...
Centro Virtual Cervantes

cambio del concepto «originalidad». George Campbell de Aberdeen publicó *Translation of the Four Gospels* (1780), una interesante obra sobre la historia y la teoría de la traducción –especialmente de las Escrituras–,[18] con un análisis sistemático que no había sido realizado hasta entonces. La casualidad hace que el segundo volumen, dedicado a los problemas de la traducción bíblica, saliera poco tiempo antes de que el historiador escocés Alexander Fraser Tytler (1747-1814), Lord Woodhouselee, publicara su *Essay on the Principles of Translation* (1791), lo que desencadenó una controversia de plagio entre los dos autores por lo mucho que coincidían sus ideas. Formulan ya una doctrina moderna basada en tres principios fundamentales, a partir de los cuales se debe realizar y juzgar una traducción. Susan Bassnett[19] considera el ensayo de Tytler –que tuve el privilegio de traducir–[20] como el primer estudio sistemático en inglés del proceso de la traducción. En él se establecen los siguientes principios básicos:

– La traducción tiene que ofrecer una transcripción completa de la idea de la obra original.

– El estilo y la forma deben ser equivalentes a los del original.

– La traducción ha de poseer la naturalidad de la composición original.

Tytler mantiene que la paráfrasis ha dado lugar a traducciones demasiado libres, aunque esté de acuerdo en que parte de la obligación del traductor es aclarar las oscuridades del original, incluso cuando suponga omitir o añadir. Utiliza el concepto comparativo del siglo XVIII de traductor/pintor,[21] pero con una diferencia: el traductor no puede usar los mismos colores que el original, aunque debe producir un cuadro de la misma fuerza y efecto; el traductor tiene que esforzarse en adaptarse al alma del autor. Tytler formula el canon de lo que debe ser una buena traducción partiendo de que el genio y la naturaleza de las lenguas son necesariamente distintos, pues si los idiomas fueran iguales no se les exigiría nada más que fidelidad y esmero. Dada esa diferencia, o bien se tienen en cuenta el sentido y el espíritu del original haciéndose con las ideas del autor (en cuyo caso se podría pulir y mejorar, si fuera necesario), o bien se transmiten el estilo y la forma (en cuyo caso habría que conservar, incluso, los errores y defectos). Tytler ofrece una descripción peculiar de la traducción ideal: aquélla en la que el mérito de la obra original se ha trasladado a otra lengua hasta tal punto que la obra traducida se comprende sin dificultad y se percibe con fuerza tanto por los nativos de dicho idioma extranjero como por aquéllos que hablan la lengua origen. Al publicar Tytler su obra asistimos, según T.R. Steiner, a la culminación de un proceso que había venido desarrollándose durante ciento cincuenta años. Por consiguiente, la teoría de la traducción anglosajona desde Dryden hasta Tytler[22] se centra en el problema de recrear el espíritu, el alma y la naturaleza esencial a la obra de arte.

---

[18] Eugene A. Nida: *Towards a Science of Translation, with Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*, Leiden, E. J. Brill, 1964, pp. 18-19.

[19] Susan Bassnett-McGuire: *Translation Studies*, Londres, Methuen, 1987, pp. 54-63.

[20] Alexander Fraser Tytler (Lord Woodhoudelee): «Ensayo sobre los principios de la traducción», en Miguel Á. Vega, o. cit., pp. 211-216.

[21] G. Steiner, o. cit., pp. 35-47.

[22] Frederick M. Rener: *Interpretatio: Language and Translation from Cicero to Tytler*, Amsterdam, Rodopi, 1989, pp. 261-326.

La Palabra Vertida. TAILLEFER DE HAYA, Lidia. Nobles ingleses en la Historia de ...
Centro Virtual Cervantes

Tras el presente recorrido histórico, podemos finalizar afirmando que el interés de los nobles ingleses por la traducción y la traductología empieza muy pronto. En palabras de Vega:

> La afición traductora de la nobleza tiene fácil explicación: sólo ellos, los «diez mil de arriba», tenían la cultura y el ocio suficientes como para poder dedicarse a tan noble menester.[23]

Sus prólogos traductológicos demuestran un posicionamiento reflexivo ante la traducción, reflexiones que van a tener un carácter sistemático a partir del Barroco. Aunque esto no pueda incidir sobre su carácter pionero, Lord Woodhouselee es un hito que marca el comienzo de la reflexión orgánica ante los problemas que presenta la comunicación interlingüística e intercultural. Como hemos podido advertir, esta translatología se ve influida por el transcurso del tiempo y participa, en mayor o menor medida, de las coordenadas epocales comunes. Frente a las reflexiones didácticas de Sir Thomas Wyatt o el aristócrata Conde de Surrey (que ponían la traducción al servicio de la educación) o las estéticas de carácter empírico del Conde de Roscommon, la moderna traductología en lengua inglesa participa de lleno en la perspectiva «científica» que ha ganado en nuestros días. En conclusión, la translatología anglosajona, marcada por el característico espíritu empírico de su cultura, se ha distanciado de la proyección hermenéutica a favor de los componentes mecánicos de la traducción.

[23] Miguel Á. Vega, o. cit., p. 37.

La Palabra Vertida. TAILLEFER DE HAYA, Lidia. Nobles ingleses en la Historia de ...
Centro Virtual Cervantes

La Palabra Vertida. TAILLEFER DE HAYA, Lidia. Nobles ingleses en la Historia de ...
Centro Virtual Cervantes